



Ernesto Thomas-Rosana Barrios
CORRESPONDENCIA CON ROSANA

“A los locos les está prohibido el amor”

PRÓLOGO

Este libro contiene las cartas de amor, es decir, la correspondencia personal, de su propio correo electrónico, que el autor, Ernesto Thomas González (1968), tuvo con la que fue durante décadas, el amor de su adolescencia y de su vida, Rosana Barrios Cecilia (1969).

Ernesto conoció a Rosana, una vecina de su barrio, amiga de su hermana Marina, en circunstancias muy difíciles, durante su temprana adolescencia, hacia el año 1983, y el amor hacia esta mujer, que hoy posee cuarenta y tres años, le marcó su destino para toda su vida.

Este libro, es una exposición de la abundante correspondencia que mantuvieron Ernesto y Rosana, desde el 15 de Julio de 2009 hasta el 22 de Diciembre de 2010.

Es importante aclarar, que en este libro se halla absolutamente toda la correspondencia que hubo entre el autor y su amada, y no se omitió ni uno solo de sus mensajes de correo electrónico, así como tampoco se adulteró, ni se cambió en modo alguno los contenidos de estos.

Esta correspondencia es casi en su totalidad perteneciente a los respectivos correos electrónicos de Ernesto y Rosana, ya que, al culminar la correspondencia, Rosana eliminó de la red social Facebook a Ernesto como amigo, y los muy breves y escasos diálogos mantenidos por ellos en esta red social no han podido ser recuperados por el autor de este libro.

Por otra parte, estos breves y escasos comentarios en Facebook, de los que solo el autor conservó algunos fragmentos, nada quitan o agregan a esta correspondencia en su esencia, que por fortuna se mantiene prácticamente intacta, y además, si se hubieran conservado estos breves y escasos fragmentos perdidos, solo le agregarían un toque de mayor amargura y desencanto a este libro, ya de por sí muy decepcionante.

En la casi totalidad de esos breves y escasos comentarios, o Rosana envió telegráficos mensajes anunciando visitas o felicitando cumpleaños, o ya Ernesto cortejó con mucha delicadeza a Rosana, sin recibir la más mínima respuesta alguna a sus palabras.

Esta “*Correspondencia con Rosana*”, son una verdadera y completa transcripción textual, de la correspondencia que el autor y su amada tuvieron, durante un período que abarca casi un año y medio de sus vidas.

En este libro, la copia de los correos originales es absolutamente completa y textual, y no se efectuó sobre ellos algún tipo de corrección alguna.

No se sometió al texto a correcciones gramaticales, por lo que en el texto se pueden apreciar algunas faltas de ortografía originales, que, por cierto, no son muchas, ya que

tanto Ernesto como Rosana, como lo comprobará el lector, manejaron ambos muy bien el idioma español.

Fundamentalmente, los errores gramaticales que más abundan son las ausencias, muy generalizadas, de tildes, hecho que suele ser muy frecuente en los textos escritos de manera informal y apresurada, sin finalidades literarias o de edición.

Tampoco se corrigieron la presencia de algunas minúsculas al principio de algunas oraciones, ni los errores tipográficos de los textos originales, y a veces, se suelen encontrar letras o números que no se corresponden con la sintaxis.

A menudo, aparecen también términos locales, o uruguayismos, que, como todo el conjunto de las obras, no fueron corregidos, ni eliminados.

El conjunto de la obra es, se puede decir, una transcripción completa y absolutamente textual de toda la correspondencia que ambos autores tuvieron durante ese período, hasta Diciembre de 2010.

Es necesario aclarar en esta exposición, que para su mayor comprensión y aceptación para el lector, le fueron modificadas algunas características, que no afectan en modo alguno a sus contenidos, como, a saber, el hecho de que muy a menudo, sobre todo Ernesto, escribió párrafos muy extensos y compactos.

Para la mayor amenidad y comprensibilidad del lector, varios párrafos extensos y compactos, fueron divididos para esta transcripción, en varios y pequeños párrafos de menor tamaño.

De no haberlo hecho así, la lectura de estos grandes bloques podría haber resultado algo molesta para el lector, ya que, en este caso, estamos tratando con una edición para el lector, y no se trata de cartas particulares.

También, con igual criterio, se decidió dejar un espacio en blanco con la barra espaciadora, detrás de las comas y de los puntos y seguidos que había en el texto, para darle flexibilidad a la obra, en el formato de este programa Word.

En muchos casos, Ernesto y Rosana se han mandado mensajes con archivos adjuntos, entre los que se solía incluir música, fotografías, postales con frases, y videos.

Dado el formato de esta publicación, se ha decidido, en tales casos, señalar, con palabras, los contenidos de esos archivos adjuntos, ya sea de música, postales o videos.

Y si en ellos existían frases, ya sea en las postales, o en los propios videos, estas frases fueron reproducidas textualmente en esta edición, en el momento de señalar los contenidos de dichos datos adjuntos.

Esta “*Correspondencia con Rosana*”, fue comenzada a escribirse en Facebook, pero luego la correspondencia fue continuada a través del correo electrónico común.

Así pues, que la presente, es una exposición absolutamente textual y completa, de la correspondencia amorosa entre dos seres, un hombre y una mujer, de 41 y 40 años, que nacieron y se criaron en el mismo barrio.

Se conocieron desde toda la vida, desde que tenían unos 15 años, y que, por circunstancias del destino, pudieron encontrarse, décadas después, en la madurez de sus vidas, en esta verdadera correspondencia de amor.

Una correspondencia de un amor, por cierto, trágico, que no acaba bien, y que termina abrupta y duramente, entre una mujer, y un hombre que la amó toda su vida.

Finalmente, para contextualizar la obra, el autor elabora una “Introducción”, donde este relata su relación amorosa con Rosana, a lo largo de toda su vida, a través de tres capítulos.

El primero, relata la experiencia de su primer contacto con Rosana Barrios, en la flor y nata de su adolescencia, cargada de horrorosos conflictos familiares, y de la primera relación que tuvieron, si así queremos llamarle, entre él y ella.

En el segundo capítulo, el autor relata su experiencia, sumamente frustrante, con su prima Raquel Ojeda, y de la situación dolorosa con la cual el autor quedó desde entonces, marcado frente al sexo femenino.

Y en el tercer capítulo de la “Introducción”, el autor relata su segunda relación con Rosana Barrios, a partir de sus veinte años, y desde entonces, hasta el momento en que culmina esta sensible y cálida correspondencia, cuyo final no es el más grato, ni para Rosana, ni para el autor.

Y, finalmente, tras la introducción, llegamos finalmente a la correspondencia que hubo entre ambos, propiamente dicha, sin haberse omitido ni un solo mensaje, ni eliminado ni adulterado ni una sola de las frases que se dijeron, salvo, como dije, el fraccionamiento de algunos párrafos muy extensos, y la agregación de espacios después de las comas o puntos y seguidos.

Al final de la correspondencia, se agregaron unos mensajes, entre el autor y su hermana Marina, que son bien breves pero muy relevantes, con la cual, esta obra culmina así de manera definitiva.

Marina, la hermana del autor, termina, al final de esta correspondencia, negando toda su posible implicación en esta relación, diciendo, textualmente, aludiendo a la supuesta enfermedad del autor:

“Ernesto, me estas acusando de un disparate y me da mucha pena. Yo no le pague a nadie para que se acueste contigo.

Estas defasado de la realidad. Espero puedas usar tu inteligencia para discernir la realidad del lo que es producto de tu mente. Esta idea que tenes es producto de la esquizofrenia, no es la realidad, Ernesto.

Me preocupa esto porque muestra que te estas desbalanceando”.

Al final de la obra, el autor elabora un breve Epílogo, que, en pocas líneas, detalla su situación personal, que vivió tras el final de dicha correspondencia.

Finalmente, no agregaré ningún comentario personal al respecto de esta obra y de esta correspondencia, y me abstendré de efectuar el menor juicio al respecto.

Las impresiones que se llevará o no el lector, quedan a la entera decisión del mismo.

Sin más, se despide atentamente:

El autor

Montevideo, 18 de Julio de 2012.

INTRODUCCIÓN

“Ernesto, me estas acusando de un disparate y me da mucha pena. Yo no le pague a nadie para que se acueste contigo.

Estas defasado de la realidad. Espero puedas usar tu inteligencia para discernir la realidad del lo que es producto de tu mente. Esta idea que tenes es producto de la esquizofrenia, no es la realidad, Ernesto.

Me preocupa esto porque muestra que te estas desbalanceando”.

-Marina Thomas a Ernesto 21-12-2010-

(MI) PRIMERA RELACIÓN CON ROSANA

Para comenzar, diré que yo y mi familia, por razones políticas, cuando el golpe de Estado de 1976 en Uruguay, nos vimos obligados a exiliarnos a España.

En España, yo, mis dos hermanos menores, mi hermana Marina, que tenía siete años, y mi hermano Martín, que tenía cuatro, y mi madre, docente de primaria, junto con mi padre, nos embarcamos en el crucero “*Cristóforo Colombo*”, que zarpó desde el puerto de Buenos Aires y nos desembarcó en el puerto de Barcelona, dos semanas después.

Durante dicha travesía, en medio del Atlántico, el 22 de Abril de 1976, yo cumplí los ocho años de edad.

Desde 1976 hasta 1979 permanecimos exiliados en España, hasta que, desgraciadamente, mi madre contrajo cáncer de seno, y fallece seis meses después de su diagnóstico, de manera muy trágica, y tras varias operaciones quirúrgicas.

Cuando fallece mi madre, yo recién había cumplido, apenas hacía una semana atrás, mis once años de edad.

Entonces, mi abuela paterna viajó a España y nos trajo a nosotros tres de regreso al Uruguay, mientras mi padre permanecía en el exilio, o embarcado en largas travesías como capitán de marina mercante que era.

Fue al regresar a Uruguay, que un grupo de psicólogos consideró que era necesario hacerme a mí un tratamiento psicológico y psiquiátrico, debido a supuestos “problemas de carácter” en mí, y este se comenzó a llevar a cabo casi de inmediato.

Sin embargo, este tratamiento, lejos de hacerme bien, y de procurarlo, me terminó aislando cada vez más y más de mis amigos, de los estudios y de la sociedad.

A medida que pasaba el tiempo, en pocos años, este agresivo tratamiento “de carácter” en el que participaron absolutamente todos mis familiares, amigos y conocidos, me condenó prácticamente al aislamiento total con el resto de la sociedad.

Sintiéndome injustamente tratado, asumí conductas autodestructivas, deserté de la enseñanza secundaria, dejé de sociabilizarme con mis compañeros del barrio, y cuando me sentí muy desesperado e incomunicado, y sin poder expresarme de otro modo, procedí a romper muebles y objetos en mi casa.

Fui internado a los trece años, a los quince, a los diecisiete, y desde ahí en más, pasé a vivir recluido de por vida en hospitales y clínicas psiquiátricas, salvo pequeños períodos de excepción, hasta el día de hoy.

Mi sexualidad se despertó al final de mis doce años de edad, cuando me hallaba aún en la parte más agresiva del tratamiento.

He de decir, por cierto, que desde los doce, hasta los quince años, me había enamorado perdidamente de dos o tres señoritas, a las que jamás pude, como a Rosana, decirles una sola palabra, ni confesarles el amor que sentía por ellas.

Lo cierto es que yo tuve el gran gusto de conocer a Rosana Barrios en 1983, cuando yo tenía quince años.

Ella era una vecina del barrio, y amiga de mi hermana, y venía a visitarla a menudo a mi casa.

Yo me enamoré perdidamente de ella.

Ella, quizás debido a algún juego adolescente, se percató de mi amor, y me lanzaba constantemente miradas insinuantes, de tal manera que yo quedaba absolutamente provocado por sus insinuaciones, y el inmenso amor que sentí, y que no se si aún siento por ella, que en ese entonces llegaba hasta el extremo.

La amé, y quizás aún hoy la sigo amando, de forma absolutamente dulce y perdida.

Con nuestras miradas, en aquella época, nos lo decíamos todo. Ella se dio cuenta del amor que yo sentía por ella, y ella esperaba una declaración de mi parte.

Pero yo, un adolescente de quince años, que no tenía amistades, que no iba al liceo, que su padre lo vestía y lo bañaba, y que de vez en cuando tomaba un palo y salía a romper vidrios por toda la casa, no podía pretender declararme seriamente con ella.

¡Y yo me desvivía de amor por ella!

Pero no podía decirle nada. Y ante su presencia, y sus insinuaciones, yo no podía responderle a su propuesta silenciosa, y me quedaba callado, y me limitaba tan solo a transmitirle a ella, con mis ojos, el amor que sentía por ella.

Ella, aún así, comprendió todo lo que yo sentía, lo que yo estaba viviendo, y comprendió mi situación, con infinita comprensión y benevolencia de una dama que se sabe amada.

Y así fue, que, poco a poco, con nuestras miradas, nos fuimos entendiendo, y así como yo le transmití mi más profundo amor por ella, también le fui transmitiendo, algo casi como un adiós, y la imposibilidad de que pudiéramos tener algo juntos en común.

Ella lo fue entendiendo, comprensivamente, y todos nuestros diálogos solo eran, a pesar de ser muy amables y cargados de emoción, muy cortos y superficiales.

Solo nos saludábamos formalmente al vernos en mi casa o en la calle, con una sonrisa, y nada más.

Yo, absolutamente solo, sin el afecto ni el apoyo de mi padre, al que tanto necesitaba, sin estudios, sin compañeros de diversión, y cargando con todo el peso de una terapia que se hacía cada vez más y más agresiva, tuve que resignarme a desistir de lograr su amor, aunque no de amarla con toda mi alma, en silencio.

Unos meses después de haberla conocido, a mis quince años, un grupo de enfermeros, con mi padre a la cabeza, me dieron un inyectable y me internaron en el hospital psiquiátrico Musto, en las afueras de Montevideo, transportado, drogado, en una ambulancia de Salud Pública.

Durante mi internación en el hospital Musto, un doctor, un tal Spayer de apellido, me recetó un inyectable mensual, que lo tomé desde entonces, hasta mis treinta años.

Recuerdo que a los primeros días de haber sido inyectado con ese psicofármaco, me vinieron deseos y fantasías sexuales muy intensas.

Pero cuando fui al cuarto de baño para poder masturbarme, prisionero de dichas fantasías, descubrí que mi miembro no se me erectaba, y que, además, estaba su epidermis absolutamente insensibilizada, como si tuviese un muy grueso preservativo invisible puesto en mi miembro.

Desde ese mismo momento en que descubrí este fenómeno, a mis quince años, hasta el día de hoy, que ya cumplí los cuarenta y cuatro años, no he vuelto a sentir, ni deseos, ni placer sexual, y soy ahora, como entonces, virgen, y nunca tuve relaciones con una mujer.

Sin embargo, a pesar de esto, y a pesar de mi progresivo aislamiento social al que me condenaba la terapia, no dejé de amarla nunca, y nunca la olvidé, hasta el día de hoy.

La he visto a ella, tras estos episodios, durante mi adolescencia, varias veces en el barrio, con sus amigos y amigas, y a veces nuestras miradas se encontraban, pero, desde entonces, ya no había nada que decirnos, y ella bien lo sabía.

Desde entonces, Rosana se había convertido en un amor absolutamente imposible, no solo debido a mi situación social y personal, sino debido a la impotencia sexual a la que me condenaron los psicofármacos.

Y desde los quince años, Rosana se convirtió en el recuerdo del amor más bello que puede llegar a sentir un adolescente jamás.

Un amor añorado, hermoso, pero absolutamente imposible.

Y, desde entonces, no dejé de amarla a ella, aún pese a todo, en total silencio.

Jamás le revelé mi amor, ni a ella, ni a nadie, verbalmente.

Todo me lo absorbí para mí, y si algo dije, se lo dije a ella, todo, con mis ojos, y el timbre de mi voz.

Esta es (mi) primera relación con Rosana Barrios.

Montevideo, 17 de Julio de 2012

MI RELACIÓN CON RAQUEL OJEDA

Cuando tenía diecisiete años, o sea, dos años después de estar recibiendo el inyectable mensual que me privaba de mi vida sexual, yo vivía en mi casa, al cuidado de mi abuela paterna, que me cocinaba, me servía la cocoa, y me tendía la cama, y yo iba al liceo del barrio, donde, en aquella época, estaba cursando tercero de liceo.

Yo estaba absolutamente solo. En el liceo, no conocía a nadie, ni me trataba con nadie, mientras mis compañeros de secundaria tenían amigos y compañeros, salían a divertirse, bailaban, bebían cerveza, y festejaban entre ellos sus cumpleaños de quince.

Mi prima Raquel, hija de una tía materna mía que vivía en el barrio, era compañera mía dentro de la misma clase donde estudiábamos tercero de liceo.

Pero no había absolutamente ningún trato entre yo y ella, ni siquiera de amigos. Solo éramos primos, nada más, y nos tratábamos solo como eso.

Incluso, ella se sentaba del otro lado de la clase que el que ocupaba yo, con sus amigas.

Para entonces, yo me refugiaba en la fantasía artística, solo, encerrado en mi cuarto, escuchando música, dibujando, o escribiendo cuentos, en mi cama, con la compañía de mi pequeño perrito, que dormía en mi propia cama.

El único contacto con alguien, si se pudiera definir de esta manera, eran mis consultas semanales con el psicólogo y psiquiatra Raúl Sintés.

Lo cierto, es que yo aún sentía, por entonces, deseos sexuales, pero, a la hora de masturbarme, no se me erectaba el pene, tenía insensibilizada la epidermis el miembro, y no podía desahogarme de ninguna manera.

Yo, a pesar de todo, atribuía estas fallas a una explicación meramente psicológica. Yo pensaba que si yo me tenía fe, sería capaz de excitarme, y responder adecuadamente.

Para ello, yo dibujaba en un cuaderno dibujos pornográficos que yo suponía que tendrían que provocar mi excitación, y ponía todo mi empeño en lograr los dibujos de la mejor calidad para poderme masturbar.

A pesar de todo, mi excitación sexual era meramente interna, y ni los dibujos que yo hacía, ni siquiera la visualización por medio de mis ojos o de mis sentidos, de alguna mujer hermosa en la vida real, lograban excitarme.

Yo, por ejemplo, a esa altura, no me “derretía” al ver, con mis ojos, al trasero de una hermosa mujer real, ni dibujada, ni por la televisión.

Y yo trataba de solucionar este problema masturbándome una y otra vez. Pero veía que mis sentidos de la vista, ni el tacto, respondían en absoluto, y no eran fuente ni de deseo, ni de placer.

Entonces, yo supuse que era un problema de “falta de sugestión”, y pasé a esforzar mis sentidos, y a concentrarme cada vez más y más en las figuras femeninas, y a tratar de generar en mí, interiormente, la idea de deseo o placer sexual, que, con desazón, veía que no existía.

Mi erotismo, como quien dice, tras el inyectable, se me “volvió hacia adentro”. Es como si la energía sexual mía me recorriera todo mi cuerpo, estaba en mí, pero que no me excitaba nada externo a mí, y que tampoco podía desahogar esa energía a través de la masturbación. Era horrible.

Y yo me pasaba largas horas masturbándome mentalmente, y haciendo dibujos, y tratando de generarme a mí mismo un deseo o placer sexual psicológico que no aparecía.

Y muchas veces, tenía que, tras haber intentado masturbarme durante largo rato, abandonar el intento, frustrado, sin haber podido, durante horas, haber logrado una erección, o, mucho menos, una eyaculación.

Yo sabía lo que era una mujer hermosa. Yo podía distinguir cuando una mujer era linda o no.

Pero era un juicio meramente estético, nada más. Yo no me sentía excitado cuando veía, por ejemplo, un hermoso trasero, ni tenía ganas de tocarlo.

Apreciar a una hermosa mujer, o un hermoso trasero, era, y es, como, por ejemplo, apreciar las formas de un hermoso automóvil deportivo, o el moderno y estético fuselaje de un avión.

Uno puede decir de un automóvil deportivo, al ver sus formas:

-¡Qué automóvil más lindo qué es!

Pero nadie se va a excitar sexualmente y se le va a erectar el pene al ver un automóvil deportivo, o una pintura de Pablo Picasso.

Cuando me masturbaba, era igual a como si yo tratara de excitarme artificial y forzosamente, concentrándome en el chasis de un modelo de automóvil deportivo, y frotándome, pellizcándome, y rascándome la oreja. Era lo mismo.

Y, en los dibujos que yo hacía, y en mis esfuerzos en masturbarme, era como que yo tratara de excitarme al ver la fotografía de un cuadro de Picasso o un automóvil deportivo. Era lo mismo, con dibujos de mujeres desnudas que yo hacía.

Lo cierto fue que el “bueno” del doctor Sintés decidió internarme a mí en una clínica psiquiátrica, pero no me lo quiso decir, para no quedar mal, y trató de generar un pretexto “diplomático” que aparente justificar su internación.

Lo cierto, es que yo escondía el cuaderno donde estaban mis dibujos sexuales, debajo del ropero de mi cuarto, donde nadie los veía ni tocaba.